

LA BANDERA ROJA DERRIBADA

Aún no venía nadie: las diez habían dado en Saint-Merry. Enjolras y Combeferre habían ido á sentarse con la carabina en la mano cerca de la cortadura de la barricada mayor: no hablaban; escuchaban, tratando de oír aún el ruido de la marcha más sorda y más lejana.

De repente, en medio de aquella calma lúgubre, se oyó una voz clara, joven, alegre, que parecía venir de la calle de San Dionisio, y que empezó á cantar con el tono de una antigua canción popular, esta otra que terminaba por un grito semejante al canto del gallo:

Mi nariz destila lágrimas,
Préstame, amigo Bugeaud,
La de uno de tus gendarmes,
Que sea de lo mejor.

Con ella podré á la calle
Salir luciendo este talle
Que envidia á los mozos da.
Quiquiriquí cacaracá.

Ellos se apretaron la mano.
—Es Gavroche,—dijo Enjolras.

—Nos avisa,—dijo Combeferre.

Una carrera precipitada turbó el silencio de la calle desierta; Gavroche saltó con más agilidad que un clown por cima del ómnibus y cayó en medio de la barricada, sofocado y gritando:

—¡Mi fusil! ¡Ahí están!

Un estremecimiento eléctrico recorrió toda la barricada, y se oyó el movimiento de las manos buscando los fusiles.

—¿Quieres mi carabina?—dijo Enjolras al pilluelo.

—Quiero el fusil grande,—respondió Gavroche.

Y cogió el fusil de Javert.

Casi al mismo tiempo que entró Gavroche, se habían retirado dos centinelas: el de la esquina de la calle y el vigía de la Pequeña Truanderie; el de la esquina de la calle de Predicadores se había quedado en su puesto, lo que indicaba que por el lado de los puentes y del Mercado no venía nadie.

La calle de la Chanvrerie, en que apenas se distinguían algunos adoquines al reflejo de la luz que se proyectaba sobre la bandera, ofrecía á los insurgentes el aspecto de un gran pórtico abierto en una humareda.

Cada uno se había colocado en su puesto de combate.

Cuarenta y tres insurgentes, entre los cuales se encontraban Enjolras, Combeferre, Courfeyrac, Bossuet, Joly, Bahorel y Gavroche, estaban arrodillados en la gran barricada, con las cabezas á flor del parapeto, los cañones de los fusiles y de las carabinas apuntando á los guijarros como asesinos, atentos, mudos y dispuestos á hacer fuego. Otros seis, mandados por Feuilly, se habían instalado, apuntando en las dos ventanas de los dos pisos de Corinto.

Pasáronse así algunos instantes; después se oyó

claramente por el lado de Saint-Leu un ruido de pasos acompasado, numeroso. Este ruido, débil al principio, más fuerte luego, luego más sordo y sonoro, se aproximaba lentamente, sin hacer un alto, sin interrupción, con una continuidad tranquila y terrible. No se oía ninguna otra cosa. Era al mismo tiempo el silencio y el ruido de la estatua del Comendador; pero este paso de piedra tenía algo de enorme y de múltiple que despertaba la idea de una multitud, al mismo tiempo que la idea de un espectro.

Parecía oirse marchar la terrible estatua Legión. Los pasos se aproximaron, se aproximaron más y se detuvieron. Al extremo de la calle se oía como el aliento de muchos hombres. Sin embargo, no se veía nada; solamente se distinguía en el fondo, en aquella espesa obscuridad, una multitud de hilos metálicos, finos como agujas y casi imperceptibles, que se agitaban, semejantes á esos indescriptibles fulgores fosfóricos que se descubren en el momento de dormirse, bajo los párpados cerrados, en las primeras sombras del sueño. Eran las bayonetas y los cañones de los fusiles confusamente iluminados por la reverberación lejana de la antorcha.

Hubo aún una pausa como si esperasen por ambos lados. De repente, desde el fondo de aquella sombra, una voz tanto más siniestra cuanto que no se veía á nadie, y parecía que hablaba la misma obscuridad, gritó:

—¿Quién vive?

Al mismo tiempo se oyó el golpe de los fusiles que caían sobre las manos.

Enjolras respondió con acento vibrante y altanero:

—¡Revolución francesa!

—¡Fuego!—dijo la voz.

Un relámpago iluminó todas las fachadas de la calle, como si la puerta de un horno se hubiese abierto y cerrado rápidamente.

Una terrible detonación estalló sobre la barricada. La bandera roja cayó al suelo. La descarga había sido tan violenta y tan densa, que había cortado el asta, es decir, la punta de la lanza del ómnibus. Las balas que habían rebotado en las fachadas de las casas penetraron en la barricada é hirieron á muchos hombres.

La impresión de esta primera descarga fué glacial. El ataque era violento y de tal naturaleza, que pareció grave á los más atrevidos: era evidente que debían luchar con un regimiento por lo menos.

—Compañeros,—gritó Courfeyrac,—no gastemos pólvora en balde; esperemos á que entren en la calle para contestarles.

—Ante todo,—dijo Enjolras,—icemos de nuevo la bandera.

Precisamente había caído á sus piés y la levantó.

Oíase por fuera el ruido de las baquetas en los fusiles; la tropa cargaba las armas.

Enjolras añadió:

—¿Quién tiene corazón aquí? ¿Quién se atreve á clavar la bandera sobre la barricada?

Ninguno respondió. Subir á la barricada en el momento en que la estaban apuntando de nuevo, era morir, y el más valiente duda al condenarse á muerte. Enjolras mismo temblaba, y repitió:

—¿Nadie se atreve?

II

LA BANDERA ROJA IZADA

Desde que los insurgentes habían llegado á Corinto y empezado á construir la barricada, nadie se había acordado del señor Mabeuf, que, sin embargo, no había abandonado al grupo. Había entrado en el piso bajo de la taberna, sentándose detrás del mostrador. Allí se había anonadado en sí mismo, por decirlo así: parecía que no veía, ni pensaba. Courfeyrac y otros se habían acercado á él, advirtiéndole del peligro, aconsejándole que se retirara, sin que pareciera que los hubiera oído. Cuando no le hablaban, se movían sus labios como si contestase á alguno, y así que se le hablaba, parecían inmóviles y se apagaban sus ojos.

Algunas horas antes de que fuese atacada la barricada había tomado una postura que no había abandonado, con ambas manos sobre las rodillas y la cabeza inclinada hacia adelante, como si estuviese mirando un abismo. Nada había podido sacarle de esta actitud; no parecía que su pensamiento estuviese en la barricada.

Cuando cada uno ocupó su puesto de combate, no quedaron en la sala baja más que Javert atado al poste, un insurgente con el sable custodiándole y el